

## LOS JUDIOS EN EL POEMA DEL CID

Por Juan Rejano

### El episodio

Ruy Diaz, el de Vivar, ha sido desterrado por el rey Alfonso. Enojos antiguos del monarca y maledicciones vertidas por los envidiosos en sus oídos, ~~con~~ <sup>han dictado</sup> la medida. El Cid la acepta dolido del corazón, pero con paciencia. Nueve días ha dado Alfonso al caballero para que salga de Castilla. Ruy Diaz reúne a sus parientes, amigos y vasallos, y todos ellos se conciertan para seguir al desterrado. Una numerosa comitiva sale de Vivar hacia Burgos. El Cid, casi con lágrimas en los ojos, mira por última vez a sus palacios, solitarios y mudos con su ausencia. En el camino se les aparece una corneja por el lado derecho; ya entrando en Burgos se les vuelve a aparecer por el izquierdo. Ruy Diaz ve en ello un buen agüero y dice a su primo Alvar Fáñez: - ¡Albricias! Tornaremos a Castilla con honra-. La comitiva penetra por las calles de Burgos. Hombres y mujeres se apiñan en las ventanas por verla pasar. Hay lágrimas y congojas cuando aparece el Cid. Y una frase igual en cada labio: ¡Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

Todos hospedarían de buena gana al desterrado, pero no es posible. El rey ha enviado cartas prohibiendo dar <sup>acogimiento</sup> ~~refugio~~ al Cid y amenazando con duros castigos al que lo haga. Ruy Diaz se acerca con su gente a una posada y golpea la puerta. Nadie responde. Por fin, se asoma una niña, como de nueve años, y dice al castellano:

-Campeador, el rey lo ha prohibido. No podemos abrirte. Perderíamos



nuestros bienes, nuestra casa y hasta los ojos de la cara. Nada ganarás, Cid, con nuestro mal. El Criador te valga con todas sus santas virtudes.

La niña calla, y entra en su casa. Ruy Diaz, entonces, se aleja del lugar y, atravesando la ciudad, va hasta la iglesia de Santa María. Allí ora, postrado de hinojos, durante algún tiempo. Después cabalga de nuevo, sale por la puerta de Santa María, cruza el ~~rio~~ Arlanzón y ordena acampar en un arenal próximo al río. El que en buen hora cidió espada, ya que nadie osa acogerle, decide instalarse sobre arenas como si estuviese en pleno monte. ¿Quién será el que ahora le facilite las viandas, que también le han prohibido comprar en Burgos?

De la ciudad llega Martín Antolínez, cumplido burgalés, con pan y bebida para los hombres del Cid. Entrégales, y después aconseja a Ruy Diaz que partan a la mañana siguiente, porque de lo contrario lo acusarán ante el rey, y éste lo castigará. Ruy Diaz, después de agradecer las viandas a Martín Antolínez, le hace saber que ha gastado todo el oro y la plata que poseía, por lo cual necesita procurárselos a la fuerza—ya que de otro modo no se los darán—para atender a sus gentes. Y termina diciéndole:

—Prepáremos dos arcas forradas de cuero labrado con clavos dorados, y llenémoslas después de arena. Luego ireis a buscarme a Raquel y Vidas. Yo les diré: "El rey me destierra y me prohíbe que compre nada. No puedo llevar mis haberes conmigo, porque son muy pesados. Prefiero empeñarlos". Les llevareis las arcas de noche, cuando nadie las vea, sino Dios, Dios que sabe que no puedo más, que lo hago a la fuerza.

Martín Antolínez vuelve a Burgos a toda prisa, y busca en el barrio de los judíos a Raquel y Vidas. Cuando los encuentra haciendo cuenta de sus haberes, les ~~saluda~~ saluda cariñosamente, e invocando su buena amistad, les dice:

—El Campeador ha cobrado, de unos tributos, ~~los~~ grandes bienes. Posee dos arcas llenas de oro y, como el rey lo ha desterrado y no puede llevarse consigo sus riquezas porque lo descubrirían, quiere dejarlas envues-



tras manos a cambio de una cantidad ~~razonable~~ como préstamos. Si aceptais, tomad las arcas, ponedlas en lugar seguro y jurad que no las ~~veréis~~ abrireis en todo este año.

Los dos judíos meditan la propuesta. Y dicen para sí: A nosotros nos interesa obtener de todo algún beneficio. El Cid lo ha obtenido también de su viaje a tierras de moros. No duerme a gusto el que mucho dinero atora. Hagámonos, por tanto, de las arcas, y pongámoslas en sitio donde nadie sospeche. Y luego, dirigiéndose a Martín Antolínez:

-Mas, sepamos antes: ¿cuánto pide el Cid y qué interés nos dará por todo este año?

A lo que Martín Antolínez responde:

-El Cid sólo pide lo que sea justo. No mucho, en pudiendo salvar sus riquezas. Para pagar a su gentes necesita unos seiscientos marcos.

-Los daremos de grado- replican Raquel y Vidas.

-Entonces- apremia Martín Antolínez- ved que la noche llega, el Cid tiene prisa, y necesitamos el dinero.

-Poco a poco, amigo- advierten en este punto los judíos-. No se hacen los negocios, de esta guisa, sino primero tomando y después dando.

-Bien- dice Antolínez-. Venid ahora mismo a dónde se halla el Campeador, y es ayudaremos a cargar las arcas y a llevarlas a lugar seguro.

-Conformes- concluyen Raquel y Vidas-. Y en cuanto las arcas estén en nuestro poder, es entregaremos los seiscientos marcos.

Martín Antolínez toma el caballo, en compañía de los judíos, y se dirige al ~~alcanizamiento~~ arsenal. Esta vez cuida de no cruzar el puente, para que nadie lo vea, y se interna en el agua. Al llegar a la tienda del de Vivar, los judíos van a besar la mano del Campeador. Sonriendo, el Cid les dice:

- ¡Don Raquel, don Vidas!... ¿Os habeis olvidado de mí? Al destierro me mandan. Me echa el rey. Se me antoja que participareis de lo mío. Ya en lo que os queda de vida, no trabajareis más.

Martín Antolínez indica a los judíos que carguen las arcas, y se dis



pone a acompañarlos para recibir el dinero convenido. El Cid ha de partir antes de que canten los gallos. ¡Qué alegría la de los dos mercaderes al hacerse de las arcas! A pesar de sus muchas fuerzas, apenas si pueden subir las a los lomos de las caballerías. Ya se consideran opulentos, con aquel tesoro, para toda la vida.

Antes de alejarse del ~~xxxxx~~ campamento, Raquel vuelve a besar la mano del Cid y le pide, como presente, una piel bermeja, morisca.

-Pláceme-dice Ruy Diaz-. Concedida la tenéis. Si no os la traigo de allí, descontadla del valer de las arcas.

Los judíos abandonan, al fin, el arenal, cargados con las arcas y en unión de Antolínez. Llegan a Burgos, entran en su posada y se ponen a contar el dinero sobre una alfombrilla y una sábana tendidas en el suelo. Trescientos marcos en plata, primero; trescientos en oro, después. Con ellos cargan cinco escuderos de Martín Antolínez, y el burgalés, antes de partir les dice:

-Bueno, amigos ~~xxx~~ Raquel y Vidas. Ya están en vuestro poder las arcas. Ahora creo que, en premio a las ganancias que os he proporcionado, merezco unas calzas.

Deliberan aparte los aludidos. Piensan: "Puesto que él nos ha facilitado el negocio, regalémosle con algo bueno". Y al demandante:

-Bien lo mereceis, Martín Antolínez-le dicen-. Tomad estos treinta marcos con que os obsequiamos y mandad hacer unas calzas, rica piel y buen manto.

El burgalés, agradecido, se despide de los judíos, *deja en* la posada y vuelve al campamento del Cid.

-¿Ya estais aquí, mi fiel vasallo?-le saluda Ruy Diaz-Todavía vea yo el día en que pueda pagáros lo que habeis hecho por mí.

-Aquí estoy, Campeador-responde Antolínez-. Buenas nuevas os traigo. Seiscientos marcos para vos, y treinta para mí. Ordenad que recojan la tienda y salgamos pronto para San Pedro de Cardena, que allí nos cante el gallo.



Escolio

En este punto termina el episodio de los judíos en el "Poema del Cid". Mas de una vez, al margen de este pasaje, ~~de un momento~~, pensé poner unas palabras de comentario. Pero, como me resultaban siempre largas, abandoné, por irrealizable, el propósito. Ahora que disfruto de un espacio mayor que el que suelen ofrecer los márgenes de un libro, me decido a estampar el escolio.

La estratagema de las arcas de arena se cuenta en los comienzos del poema. Después, a lo largo de todo el libro no hay más que una sola alusión a los burlados Raquel y Vidas. Es cuando Minaya Alvar Fáñez, primo del Campeador, va a Burges a pedir al rey que envíe a doña Jimena y a sus hijas a Valencia, donde se halla el Cid. En esta ocasión, al disponerse Minaya a marchar de regreso, se le aparecen Raquel y Vidas y, echándose a sus plantas, le dicen:

-Si el Cid no nos ayuda, estamos perdidos. Le perdonaríamos de buen grado los intereses, si él nos devolviese el capital.

**Minaya responde:**

-Yo trataré el asunto con el Cid, y descuidad, que seréis recompensados largamente.

-Así lo quiera Dios-concluyen los judíos-perque si no, dejaremos Burges e iremos a buscarlos donde se halle.

Aunque la palabra y la gratitud de los castellanos se han dado siempre por seguras, no hay más remedio en este caso que admitir como definitivo el engaño de los dos judíos. No hay nada en el "Cantar" que demuestre lo contrario. Con buenas palabras no se satisface jamás a un ~~xxx~~ acreedor. Raquel y Vidas resultan, así, víctimas-como el Cid-de la <sup>cólera</sup> ~~lucha~~ regia, la cual obliga<sup>ba</sup> al Campeador a utilizar la simulación y el fraude. ¿Y qué es más reprochable, la avaricia de los dos mercaderes admitiendo en sus manos un supuesto tesoro ajeno, o la farsa del guerrero castellano, amparada en su gran prestigio y en su palabra de caballero? Allá se van ambas cosas, porque si "la codicia rompe el saco", como dice el viejo adagio, la as-



tucia, en este trance, lo llena de superchería. que los judíos-los judíos como pueblo-eran ya tenidos en el siglo XII por gente aficionada a amontonar dinere y a la querencia del negocio lucrativo, no es cuestión que pueda dudarse: por algo el autor del "Cantar" utiliza en la ocasión tipos de esta raza y no otros. Pero tampoco debemos olvidar que, aunque judíos, son Raquel y Vidas los únicos que, con Martín Antolínez, sea treven a auxiliar al Cid cuando todo el mundo le huys. Es verdad que el anónimo cantor de las hazañas de Ruy Diaz engarza en su obra el episodio de los judíos con una intención cómica. Ello no impide, sin embargo, que en el desarrollo de la acción el gesto de los prestamistas, aunque indirectamente, reclame una parte en las heroicidades posteriores del Campeador. Sin él, dura tarea hubiera sido para el de Vivar cuidar de sus gentes y conducirlos a la victoria. Y este sentimiento de respeto, que de pronto se nos presenta, en torno a Raquel y Vidas, enlaza perfectamente con el del propio Cid. Recuérdese que el héroe declara, como vido, el esfuerzo, la violencia que le cuesta promover el engaño. Recuérdese que, cuando los dos judíos llegan a su presencia, él los saluda afectuosamente, dándoles el tratamiento de don, como a señores y no como a criados; actitud que pudiera llevarnos a considerar la comprensión que siempre ha existido entre los españoles, como tipos humanos y no como posesos religiosos, hacia los hombres de todas las razas.

El que acaso escapa peor a lo largo del juego es Martín Antolínez. Este caballero, al que el poema denomina cumplido burgalés, si leal con su señor, no lo es, en cambio, con los que, de una u otra manera, lo socorren. A Martín Antolínez no le basta con ser mediador en el engaño, sino que quiere y consigue engañar también a los judíos, sacándoles el beneficio de su corretaje. De su corretaje, que está montado sobre lo que hoy llamaríamos un vulgar timo. Y aquí es donde el gesto de Raquel y Vidas se engrandece: porque si en un principio lo inspiró la codicia, luego están a punto de salvarlo la gratitud y la fe. Agradecidos se muestran al que les ha proporcionado el negocio. Fe, fe ilimitada depositan en el Cid, confiados en su prestigio. Por esta fe, los judíos del "Poema del Cid" ganan las simpatías del lector, en lugar de aparecer ante él con la carátula del que comercia con el heroísmo y el riesgo.

Juan Kljans